

La emergencia del estado maya de Oxkintok

MIGUEL RIVERA DORADO

Universidad Complutense de Madrid

La pregunta crucial que se hacen muchos arqueólogos es: ¿cuándo los vestigios descubiertos en las excavaciones nos permiten afirmar que estamos ante una forma superior de organización sociopolítica?, o, dicho de otra manera, ¿cuáles son los rasgos arqueológicos que diferencian a una jefatura de un Estado, a una sociedad tribal de aquella en la que existe una instauración central del poder y de la fuerza, con un sistema de rangos derivado de ella y un aparato burocrático a su servicio? Las viejas teorías de los evolucionistas, y las menos viejas de autores como Vere Gordon Childe o Elman R. Service, propugnan la aparición casi repentina de monumentos, obras, actividades y símbolos que identifican a una sociedad organizada, con una gestión centralizada de los recursos y la mano de obra, económicamente opulenta y demográficamente pujante. El urbanismo, el arte sobre distintos soportes, la escritura, la religión teísta, serían algunas de las manifestaciones de tal situación fácilmente detectables por las investigaciones arqueológicas. Otras no lo son tanto, por ejemplo, la identificación de los pobladores con una entidad territorial antes que con la tribu o el clan, o el hecho mismo de que el control del territorio y de sus habitantes por parte de los gobernantes haya suplantado los mecanismos directos de integración a través de las unidades de parentesco. Pero, en todo caso, lo que no indican los tratadistas es en qué momento exacto de las secuencias cronológicas definidas tras las excavaciones podemos empezar a interpretar el contexto cultural como característico del Estado. Obviamente, hay un lapso más o menos dilatado en el cual se produce la transición, y los materiales procedentes de esa etapa son a menudo equívocos. Yo voy a discutir aquí el problema tomando por referencia los trabajos realizados por un equipo español en la antigua ciudad maya de Oxkintok, ubicada hoy en Yucatán, México (Rivera 1996).

LA CRONOLOGÍA Y EL PAISAJE

Raras son las voces que reconocen a la mitad septentrional de la península de Yucatán una cierta independencia en lo tocante a la evolución allí de una forma particular de Estado. Lo habitual es afirmar que los mayas norteños, por encima del río Champotón, fue-

ron influenciados por los desarrollos de las grandes ciudades del sur, y que copiaron consecuentemente sus modelos de organización social, los sistemas de poder, y la parafernalia simbólica en que tal orden se apoyaba. Pero, aunque reconociéramos de entrada que los primeros movimientos hacia la complejidad cultural y hacia la civilización de lugares como Dzibilchaltún, Oxkintok, Yaxuná, Ek Balam y otros, gravitaron en torno a la información procedente de Tikal, El Mirador, Nakbé o Calakmul, lo cierto es que a menudo se buscaron en las semihúmedas llanuras del norte respuestas singulares, o al menos mejor adaptadas a las circunstancias locales, para los problemas planteados por el crecimiento, la centralización, el control político y social y el manejo de grandes masas de obra.

A medida que se asciende por el territorio de la península de Yucatán las precipitaciones se hacen más escasas, la enorme pluviosidad de la costa tabasqueña o la abundante lluvia de la cuenca del Usumacinta va reduciéndose al atravesar el Estado de Campeche y no supera los 800 o 1000 milímetros anuales a la altura de Mérida. En la misma costa del extremo norte no llueve casi nunca y la agricultura no es una práctica habitual: las gentes no hubieran ocupado ese área a no ser por la riqueza que suponía la recolección de sal. Además, y muy especialmente, no hay por encima del paralelo 20° norte corrientes de agua superficiales, de modo que la única fuente de abastecimiento del líquido vital son los cenotes—pozos naturales formados por el hundimiento de la capa caliza superficial— o las cuevas. O sea, que si bien las gentes del sur tuvieron que superar la enorme traba de la pobreza de los suelos tropicales para el cultivo, los del norte tuvieron que hacer frente a ese mismo problema y además buscar agua para beber o para regar, porque llovía poco y no había ríos ni lagos. Una situación muy engorrosa parecida a la de algunos grupos asentados en los oasis del desierto norteafricano o en las orillas de los modestos riachuelos que corren estacionalmente en la costa del Perú. La investigación ha demostrado, sin embargo, que es en estas penosas y desfavorables circunstancias cuando se han producido en varios lugares del planeta los avances más significativos hacia la civilización. Por ello creo que solamente hizo falta un mínimo estímulo procedente del

Petén de Guatemala y Campeche para que las culturas igualitarias de la mitad septentrional de la península evolucionaran hacia formas de organización complejas. Y tal estímulo se materializó en dos componentes fundamentales de la civilización, que son al mismo tiempo el testimonio definitivo de la progresión de la influencia petenera a través de la difusión estilística: la arquitectura monumental y la escritura. Sorprendentemente, las estelas, que en el sur acompañan en seguida al uso político de los signos escriturarios, están ausentes de Yucatán en esos primeros momentos. Conviene, pues, que me detenga en las mencionadas cuestiones.

La arquitectura únicamente es manifestación de una forma superior de organización sociopolítica cuando requiere la concentración y gestión de una abundante mano de obra, la obtención de materias primas en grandes cantidades y por procedimientos complicados o dificultosos, y cuando constituye explícitamente la expresión de un sistema de poder centralizado que se justifica según fórmulas irracionales muy elaboradas de carácter religioso. Desde luego, los conjuntos de patio prehispánicos, que constan de varios edificios parcialmente levantados con materiales perecederos en torno a un espacio libre en el que puede haber un chultún para captar y almacenar el agua de lluvia, no son indicación ninguna de complejidad cultural, y corresponden al primer nivel de integración social, básico en las sociedades igualitarias, que es el familiar. Los extraordinarios edificios preclásicos de El Mirador, en Guatemala, por el contrario, corresponden exactamente a aquellos requisitos. En Oxkintok (Fig. 1), sólo hemos hallado vestigios de unas obras parecidas en el grupo llamado May, donde se realizó un gran esfuerzo constructivo en el Preclásico Tardío (400 a.C.-250 d.C.) para nivelar el terreno y empezar a levantar una enorme plataforma megalítica (Fernández 1992), pero no se puede relacionar el sentido de tales trabajos con la legitimación de un sistema de poder de tipo estatal. Salvo ese caso, las huellas de arquitectura preclásica son escasísimas en la parte de la ciudad explorada hasta ahora, e irrelevantes, lo que permite concluir que no es hasta después del siglo IV de nuestra Era que se inicia un programa extensivo de construcción que puede en alguna medida, aunque no plenamente, según veremos más adelante, corresponder con la situación vigente en las regiones meridionales. Hay, por tanto, una diferencia de unos seis siglos entre la primera de las grandes manifestaciones de la civilización maya, la arquitectura monumental, que aparece en sitios como El Mirador y Oxkintok.

En cuanto a la escritura, ciertamente que ya hay unos glifos tenuemente tallados en la parte superior de la Estela 2 de El Mirador que, lo mismo que los textos de la lanceta de hueso de Kichpanhá (Belice) y de la orejera de Pomona (Belice), pueden fecharse en el Preclásico Tardío (Sharer 1998: 126 y 134), pero son tan raros ejemplos que bien puede afirmarse que el arte de escribir era prácticamente desconocido en tan remota época. Por tanto, la diferencia no es tan grande, porque si hay indudable escritura, con fechas de Serie Inicial, en Tikal en el siglo III también la hay en Oxkintok en el siglo V. Y este hecho es importante, pues la irrupción de un procedimiento de comunicación que codifica los sonidos mediante símbolos relativamente sencillos y polivalentes va asociada ineluctablemente a la aparición de una clase social perfectamente diferenciada y jerarquizada, la de los escribas, en la cual va a apoyarse todo el entramado ideológico y administrativo del naciente Estado. El desfase temporal entre la arquitectura monumental y la escritura significa que la modificación deliberada del paisaje y la creación de formas artificiales de espacio con una impronta mitológica y política fueron necesidades primarias de la sociedad compleja, mientras que el sistema codificado de registro y transmisión de ideas sólo lo fue en un momento posterior, cuando ya la sociedad desigual estaba plenamente asentada y admitida, y cuando buscaba su expansión y consolidación por medio de modelos consistentes e irrefutables. Y eso es aplicable a Oxkintok, pero mucho más a El Mirador, Nakbé, Lamanai, Uaxactún y Cerros, principales sitios preclásicos con arquitectura monumental, y a Tikal igualmente. El desarrollo de la escritura señalaría, creo yo, las etapas sucesivas de la constitución de las diferentes instituciones estatales: la arquitectura nace para expresar la sanción divina del sistema de poder y la cristalización de una cosmovisión adecuada a los cambios sociales, pero la primera escritura surge cuando es necesario un procedimiento de registro ágil, permanente, portátil, sigiloso y mudable. Y tal registro se hace indispensable cuando el Estado recluta su primer núcleo de servidores, cuando extiende el sistema de tributación que le sirve de sostenimiento, cuando clasifica a los habitantes de un territorio para el trabajo, la guerra o el tributo, cuando el comercio se convierte en fuente decisiva de ingresos, cuando se ponen en marcha procedimientos de redistribución de bienes. Paralelamente, el poder adivina inmediatamente el efecto que causa en las personas el uso de los signos codificados, una curiosa mezcla de extrañeza, respeto y temor, y se adueña de ellos e in-

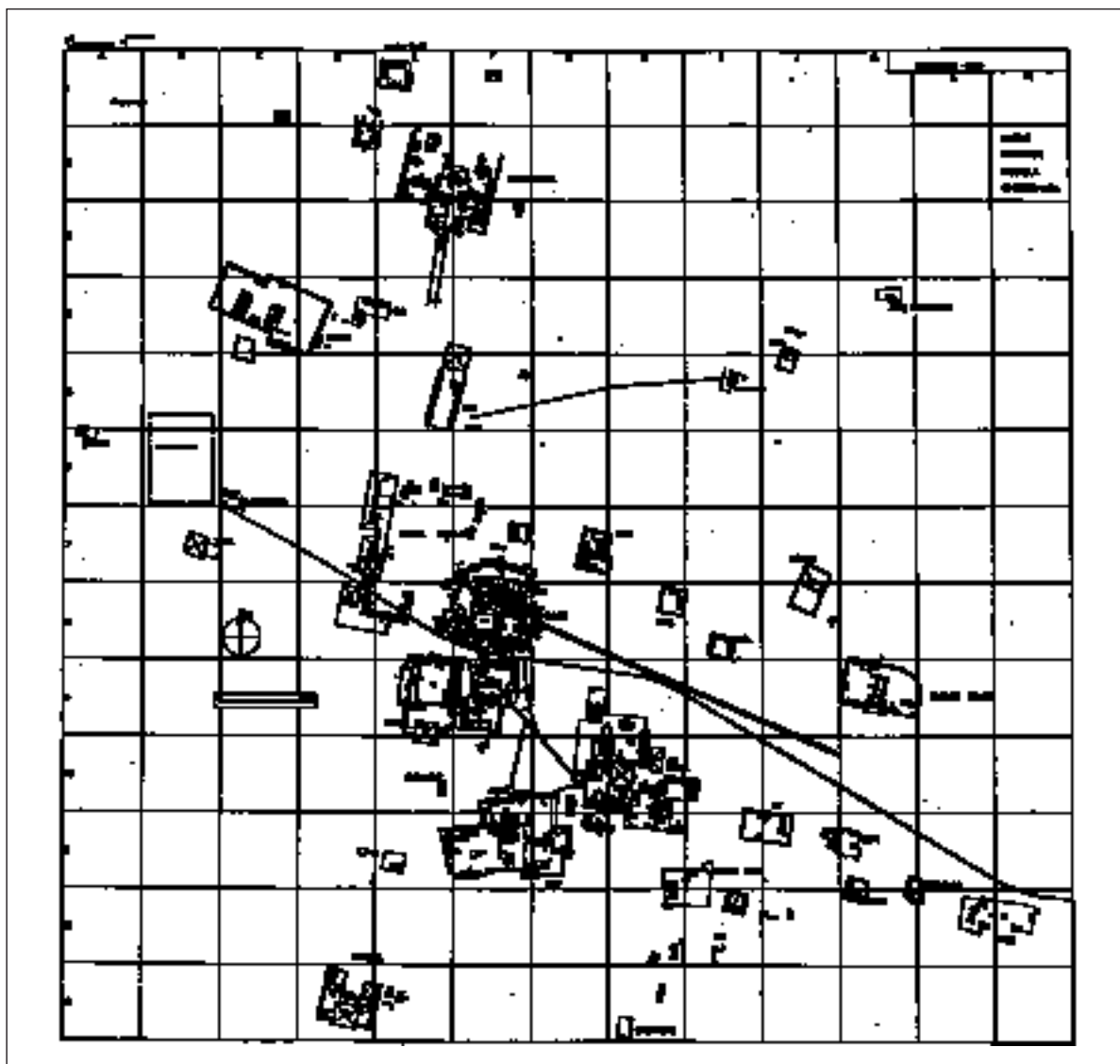


Figura 1. Plano de la ciudad de Oxkintok.

crementa y complica las gráficas para destinarlos a la exaltación de los gobernantes y de los dioses que los sustentan. Con la escritura monumental, ornamento de muchos edificios y parte sustancial de las esculturas públicas, se amplía la propaganda por un terreno mucho más esotérico y efectista que el de las imágenes naturalistas y los elementos geometrizarantes. Como, precisamente por el carácter enigmático y las

facultades que se le atribuyen, la escritura entra en seguida en el campo de lo religioso, los señores de los nacientes Estados mayas la emplearán amplia y constantemente en los trámites del poder y en la identificación de los objetos que deban singularizarse o teñirse de sacralidad.

También puede afirmarse tal cosa de la utilización de las Series Iniciales, un procedimiento de cómputo cro-

nológico que parte de un «punto cero» o comienzo de Era, descubierto por los indígenas centroamericanos en los siglos anteriores al nacimiento de Cristo, perfeccionado por las culturas protomayas de la costa del Pacífico de Guatemala e introducido en el Petén hacia el final del siglo III (Estela 29 de Tikal, del año 292 d.C.). Los reyes mayas aprovecharon la fuerte carga sagrada del tiempo para unirse a sus destinos al poder del calendario, se convirtieron en «señores del tiempo» e incluso se identificaron con alguno de los períodos más importantes como el tun (360 días) o el katún (7200 días), y erigieron así un pedestal en el que auparse muy por encima del común de los mortales (cf. Stuart 1996). Es posible, pues, que la aparición en las ciudades de las Series Iniciales sea un indicio más de la puesta en marcha de la organización sociopolítica superior, porque delata la complicada ideología subyacente y porque hace posible la hipótesis de la comparación de un gobernante absoluto cuya autoridad descansaba en el derecho divino y en el prestigio de saberse parte de la red de fuerzas sagradas dibujadas en el cosmos por el paso del tiempo. Si la fecha de Serie Inicial más antigua de las Tierras Bajas mayas es la de la Estela 29 de Tikal, sólo 183 años después ya tenemos una anotación cronológica de esa clase en Oxkintok, lo que demuestra la relativa rapidez con que se difundió la práctica y la teoría acompañante, y que en el noroccidente de Yucatán ya había una base social en el siglo V sobre la que podía levantarse una monarquía divina. Aunque la ausencia de estelas con figuras reales durante el Clásico Temprano (250-600 d.C.) seguramente es evidencia de que ése no fue el caso.

Como digo, la escritura, lo mismo que el calendario, estuvieron en el sur desde el inicio al servicio de un sistema de monarquías divinas, de las figuras de unos reyes que fueron retratados y glorificados prontamente en la pétrea superficie de las estelas. En el norte no parece que hubiera reyes del mismo tipo hasta fecha mucho más tardía. La escritura del siglo V de Oxkintok informa de la dedicación de palacios por determinados personajes, pero no exalta a ningún gobernante. Repito, por lo que sabemos hasta ahora, no hay estelas, lo que no quiere decir que no puedan aparecer en el futuro, cuando se excaven más estructuras de esa época, cambiando entonces nuestra manera de ver el problema. Por el momento, cabe, por tanto, suponer que a partir del 400 aproximadamente existió en Oxkintok una sociedad compleja cuyos órganos de gobierno eran controlados por un consejo o autoridad colectiva de cualquier índole. No es un fenómeno raro en Mesoamérica, recordemos que así

se regía muy probablemente el que fue el Estado más poderoso de toda la historia antigua de aquella área cultural, Teotihuacán. Y yo veo una razón de peso en la tardanza del norte en asumir el orden monárquico, las diferencias ecológicas. El medio meridional dificulta enormemente el control social y favorece las tendencias centrífugas de los miembros del grupo; la segmentación es siempre un peligro al que se trata de conjurar con el desarrollo de una doctrina político-religiosa de matices muy acusados cuyo epicentro es la figura del rey. Pero en el norte, igual que en los desiertos a los que antes he hecho alusión, las gentes no pueden irse muy lejos de los pozos en donde está el agua de beber, y el control de una población así fijada es mucho más fácil. Por eso grandes Estados posteriores como Chichén Itzá o Mayapán tuvieron instituciones políticas descentralizadas y relativamente laxas, por eso allí el llamado *multepal*, o gobierno conjunto, coalición o confederación, estuvo tan extendido en la época anterior a la conquista española, y por eso la misma región donde está Oxkintok, el país Ah Canul, tuvo en ese tiempo una distribución territorial basada en el poder de los *batabob* o señores locales, que se reunían en un consejo para administrar la provincia. Nunca, por tanto, en el noroccidente de Yucatán al menos, hubo monarquías de carácter divino tan sólidas y fuertes como las de Campeche o Guatemala, lo que no resta solidez a los Estados surgidos desde principios del período Clásico pero sí les priva de algunas de las fórmulas más llamativas de expresión. Ciertamente, las estelas abundan en Oxkintok desde el Clásico Tardío, y las hay en lugares tan norteños como Dzibilchaltún, pero ni su cantidad ni su profundidad cronológica son comparables a las de ese tipo de monumento dinástico en lugares como Tikal o Calakmul. Aunque tampoco esta premisa es de fácil generalización: no hay que olvidar que lugares con dinastías tan poderosas y prolongadas como Palenque no erigieron estelas, así que no se puede hacer descansar el argumento a favor o en contra de gobiernos despóticos centralizados únicamente en la presencia o no de tales monolitos pétreos. Pero Palenque es una excepción a la regla, y lo que sí es obvio es que el meollo de la cuestión está en la conexión que se establece a través de la estela, que se levanta por lo general para conmemorar el fin de un período de la Cuenta Larga maya, normalmente un katún de 7200 días, entre el gobernante y el transcurso del tiempo. La idea de que el rey encarnaba esos períodos (cf. Stuart 1996), su energía y sus significados cosmológicos, es lo que verdaderamente hace del sistema de

poder de la civilización sureña algo singular, y no tenemos nada semejante en el norte, donde, sin embargo, sí hay una importante arquitectura política especializada como es la representada por los edificios laberínticos. Eso me lleva a concluir que, aceptemos o no la relativa antigüedad de las manifestaciones de una autoridad fuerte y central en el área norteña, lo que sí es evidente es que esas manifestaciones tuvieron características propias, que se inspiraron en otros principios generales, en otras sanciones sobrenaturales y, posiblemente, en otras teorías cosmológicas.

Por otro lado, las limitadas prospecciones realizadas en la región noroccidental no permiten indicar el momento en que se constituyeron las tramas territoriales características de los Estados. Obviamente, a la asignación del título de ciudad-capital a Oxkintok debe seguir la lista de las ciudades tributarias en lo político y en lo económico, asentamientos de un tipo bien conocido en el área maya porque carecen de algunos de los rasgos arqueológicos que se encuentran invariablemente en las cabeceras, como, por ejemplo, los juegos de pelota, o las estelas. Deberíamos poder fijar el momento en que Oxkintok se convierte en un Estado por la identificación de una serie de sitios periféricos o relativamente distantes dependientes de aquella ciudad, lugares con clara influencia de la capital, o con explícitas declaraciones jeroglíficas de esa dependencia a través de los glifos emblemas o de otra clase de menciones. Pero tal cosa no se ha podido hacer hasta ahora, pues no se han realizado excavaciones indispensables, y es sólo bien entrado el Clásico Tardío que los estudios de patrón de asentamiento basados en las exploraciones superficiales ratifican el papel central de Oxkintok como cabeza de una serie de sitios en un radio de más de veinte kilómetros, sitios como Kupaloma, Xulmil, Ch'ich', K'uxub, Noholná, Xcepkú, XBurrotunich o San Ramón (López de la Rosa y Velázquez 1992). De todos modos, partiendo de la «centralidad» de Oxkintok después del siglo VII, tal vez estaría justificado inferir su preeminencia regional desde el instante en que erige las primeras grandes pirámides o redacta los textos de los primeros dinteles, con lo que volveríamos a la idea de la ciudad-Estado desde los siglos V o VI.

EL CLÁSICO TEMPRANO

Dado que en el siglo V ya tenemos pruebas fehacientes de la existencia en Oxkintok de un orden social de cierta complejidad, con el uso de la escritura jero-

glífica y de la arquitectura monumental de piedra, podemos argumentar que es entonces cuando surge el Estado en este sector de la región yucateca. Aunque tal vez habría que dar un margen de un siglo a un fenómeno cuya gestación e implantación es lenta y puede acarrear conflictos y rechazos. Pero, ¿cómo se las arreglaron los yucatecos, habitantes de un medio tan pobre, para obtener los abundantes excedentes de producción que exige un sistema estatal?

La respuesta hay que buscarla seguramente en la leyendaria y proverbial movilidad espacial de los nativos yucatecos. Su gusto por los traslados, los viajes y los recorridos es notorio en numerosos informes y documentos etnohistóricos y etnológicos. Al fin y al cabo, la larga y machacona resistencia al poder español, lo mismo que la cruel guerra de castas del siglo XIX, no hubieran sido posibles sin la extraordinaria capacidad de los mayas norteños para ir de acá para allá en medio de los pantanos y la maleza. Los libros de Chilam Balam cuentan las grandes migraciones de los itzáes, y gentes emparentadas con ellos poblaron probablemente Tayasal y Topoxté en tiempos postclásicos a partir de la zona de Chichén Itzá, distante muchos kilómetros. La diáspora originada por los conflictos en Mayapán es otro elemento histórico a tener en cuenta. Y esa movilidad es propia a mi parecer de gentes acostumbradas a comerciar en áreas geográficas considerablemente extensas. Es decir, que fue tal vez el tráfico de multitud de bienes apreciados en la Antigüedad, como la miel, la sal, las conchas marinas, las plumas de pájaros tropicales, las pieles, el algodón, el tabaco, el copal, el cacao, la resina del chicozapote, las maderas, el pedernal, la piedra caliza y sus derivados, lo que permitió a las ciudades emergentes del Clásico Temprano (250-600 d.C.) consolidarse como verdaderos poderes económicos y políticos. Paralelamente, las dificultades de la agricultura impulsaron la gestión centralizada de las obras de riego y de saneamiento de áreas inundadas, la construcción de camellones, de aljibes, de depósitos para el grano, lo que redundó en el fortalecimiento de las primeras instituciones de autoridad bien diferenciadas de las tribales que habían estado en uso los tres milenios anteriores. El proceso, obviamente, fue de retroalimentación: cuanto mayor era la necesidad de delegar en un poder independiente de la comunidad la dirección de la abundante mano de obra necesaria, mayor era el prestigio de esos personajes, quienes a su vez resultaban imprescindibles para garantizar los trabajos cada vez más ambiciosos que una población creciente y unas exigencias de tributo elevadas re-

querían. El tercer pie del trípode fue la elaboración por esos señores de una teoría religiosa que los convertía en intermediarios ante las fuerzas sobrenaturales. Mas, en cualquier caso, tardaría mucho en alcanzarse en Yucatán el formidable desarrollo al que se había llegado en pocas décadas en la zona meridional. Las ciudades norteñas del Clásico Temprano son relativamente modestas, en Oxkintok hemos registrado una media docena de pequeñas estructuras de esa época sobre un total de cincuenta construcciones exploradas, aunque algunas de tales estructuras tempranas sean tan complicadas y tan ricas en su simbología política como el laberinto llamado Satunsat o la subestructura de la pirámide MA-1 del Grupo May.

Es precisamente en esa simbología en la que quiero detenerme un momento, porque creo que entraña la consideración de sistema de poder fuerte legitimado por una religión muy imbricada con la cosmovisión típica de la civilización maya. Adelanto ya, por tanto, que el Satunsat de Oxkintok es el equivalente septentrional del famoso edificio (Estructura 5C) de Cerros, Belice, en el que los investigadores creyeron descubrir la relación de los gobernantes con los astros (Schele y Freidel 1990: 103-116). Es un edificio de tres pisos y planta laberíntica, en el que se medían los movimientos del sol durante los equinoccios y otras épocas del año, y en el que muy probablemente se llevaban a cabo los ritos que convertían al señor en la personificación terrenal de ese sol (Rivera 1995), y esa solarización de los gobernantes mayas entronca con su inmersión en los significados del flujo cronológico al que antes hacía referencia. El rey, *kul ahau*, es identificado con el principal de los astros del universo cuando su papel es fundamental para sostener la contrucción del naciente Estado, lo mismo que sucedió en Egipto, por ejemplo. Como dador de la vida, proveedor del sustento y ordenador del cosmos su posición es inexpugnable, y por ello posee la suficiente capacidad de maniobra como para lograr la integración social en el medio selvático y conseguir la movilización del tributo necesario para erigir la civilización. El Satunsat es la mejor prueba de que en Oxkintok hubo gobernantes solares en el Clásico Temprano y que, consecuentemente, el Estado estaba ya bien constituido por esas fechas.

EVOLUCIÓN POLÍTICA Y ARQUITECTURA

La arqueóloga Lorraine Williams-Beck recoge en uno de sus últimos trabajos publicados (1998) la hipotética correlación entre unidades arquitectónicas

prehispánicas y unidades sociales vigente en los tiempos inmediatamente anteriores a la colonización española. Dice que la primera unidad de patio es el posible equivalente de la unidad familiar, y que la segunda unidad, el grupo arquitectónico, sería equivalente del llamado *kuuchtel* o barrio de personas emparentadas, quizás un linaje; el tercer nivel es el de la unión de varios grupos en una unidad urbana definida, pequeño asentamiento, equivalente al *batabil* etnohistórico, tal vez un clan gobernado por un *batab*; finalmente, el territorio de una entidad política se llamaría, lo mismo que su ciudad capital, *kuuchcabal*, extensión donde viviría un agregado de personas semejante a una tribu. Las ideas de Williams-Beck y de sus colegas Tsubasa Okoshi, Sergio Quezada y otros, tratan de exponer una realidad sincrónica para el período Clásico de la península de Yucatán, pero yo sugeriría también una interpretación diacrónica. Es decir, cada uno de los niveles de integración expuestos se van consiguiendo paulatinamente, y cuando se llega al *batabil* o al *kuuchcabal* entonces puede decirse que estamos ante una forma de organización sociopolítica compleja, y que, desde luego, el segundo de los conceptos nos remite al Estado arqueológico maya. Si tuviéramos unos elementos distintivos inequívocos a los cuales referirnos en un yacimiento para identificar esos cuatro niveles de integración posiblemente podríamos presentar mejores datos para el estudio del cambio cultural. Por ejemplo, se han relacionado las puertas enmarcadas por inscripciones jeroglíficas, como las existentes en Sisilá, Xcalumkin y Oxkintok, con lugares de reunión de los consejos de gobierno o Popol Na, y nada se opone a la fácil identificación de un *kuuchtel*, incluso un *batabil*, por el volumen y la extensión de las construcciones, pero el *kuuchcabal*, el mayor signo como hemos visto de la situación estatal, es mucho más complicado de hacer coincidir con un territorio dado. De modo que hay que insistir en que un *kuuchcabal* urbano es el exponente de un *kuuchcabal* político-territorial cuando en el asentamiento en cuestión aparezcan algunos rasgos como estelas, juegos de pelota, escritura, pirámides y calzadas. Sólo uno de esos rasgos existía con toda seguridad en el Oxkintok del siglo V, la escritura, como ya sabemos, y con ella y la arquitectura monumental contamos para decidir en qué momento los mayas de esa región fueron un Estado. Algo nos puede ayudar en la resolución del problema bajo esta nueva perspectiva el hecho de que alguno de los edificios del Clásico Temprano tenga precisamente una planta laberíntica, porque el valor simbólico que se puede conceder a ta-

les construcciones incide en la existencia de formas elevadas de organización.

Los laberintos son lugares para la iniciación de los máximos gobernantes (Rivera 1995). Su cualidad de relojes solares, sus orientaciones o los tragaluces que presentan, todo ello implica una consideración cosmológica que encaja perfectamente bien en la información etnohistórica que poseemos. Es decir, el gobernante seguía los pasos del héroe solar Hunahpú en su descenso a los infiernos, su lucha con los poderes de las tinieblas y su resurrección triunfante como señor del universo. La trayectoria del sol era la trayectoria del rey. El famoso *Popol Vuh* de los mayas quichés coloniales del altiplano de Guatemala es la narración que puede ser utilizada para describir tales ritos y creencias. El itinerario aparente del sol en el firmamento es la pauta para la ordenación de la ciudad, la ubicación de las sepulturas principales o la marcha del rey en su camino hacia el inframundo y la resurrección. Es la dirección este-oeste, que en el plano de una ciudad maya, caracterizado por la abundancia de plazas, es una espiral de sentido contrario a las agujas del reloj: sureste-noreste-noroeste-suroeste. Eso es lo que indican los caminos oscuros del Satunsat o Laberinto de Oxkintok y esas las direcciones que siguen. Por eso también la mayor concentración de tumbas de élite se halló en un modesto edificio del ángulo noroeste de la plaza septentrional del Grupo Ah Canul, que es el conjunto arquitectónico más importante de la ciudad y donde vivieron los reyes del período Clásico. Porque para los mayas el norte es la dirección de los antepasados, es decir, de la resurrección luego del tránsito por el país de los muertos, y el oeste el rumbo del mismísimo inframundo. Mi propuesta es que la adopción de esas direcciones simbólicas marca la aceptación de la ideología contenida en el *Popol Vuh*, que es la típica de una monarquía divina en la que el rey es asimilado al sol, y que por lo tanto cuando se comprueben en una ciudad puede afirmarse que ya se ha constituido plenamente el Estado. Por desgracia, en Oxkintok, si bien el edificio mencionado, que tiene la sigla CA-2, puede fecharse en su origen en la primera parte del Clásico Temprano, las tumbas que contenía son todas posteriores, por lo general en torno al año 600-650 de nuestra Era, lo que nos impide aducir su presencia como prueba de la pronta adquisición de la condición estatal. No se han encontrado hasta el momento en Oxkintok enterramientos pertenecientes fuera de toda duda a los siglos IV y V, época en la que nos consta el gran desarrollo arquitectónico del sitio y la utilización de la escritura en fórmulas rituales

de propiedad de las construcciones. No cabe duda de que esas tumbas tempranas deben estar en los edificios del Clásico Temprano, quizá en las estructuras MA-1sub o CA-13sub, o en las más antiguas de los Grupos Donato Dzul y Xan Pol, pero la dificultad de su excavación ha hecho que por ahora pasen desapercibidas. Cuando se encuentren podremos juzgar el grado de estratificación alcanzado, la presencia de especialistas de tiempo completo, y otros detalles políticos reveladores, pero por el momento, en lo que atañe a los rasgos del mobiliario arqueológico, los indicios más claros de la situación estatal provienen de los entierros efectuados en el siglo VII, como ese magnífico vaso decorado con un personaje de rango y los jeroglíficos del título *ahau*, que se encontró en una de las tumbas de CA-2. Un único hecho podemos resaltar, y es la segura existencia de artesanos especializados en el tiempo en que se labraron los dinteles con textos jeroglíficos descubiertos en el Grupo Ah Canul. Esas obras de arte requieren de una habilidad particular, que está en manos de gentes que aprenden desde temprana edad su oficio y lo transmiten a sus descendientes, renunciando para ello a la vida campesina y a otro tipo de actividades. En Oxkintok, pues, había artistas al servicio de las élites en el año 475 o en el 487, que son las fechas de los dinteles con Series Iniciales, y ése es un factor que apoya la idea de la organización estatal en el Clásico Temprano. Artistas para labrar los dinteles, y, desde luego, escribas conocedores de los secretos de la escritura jeroglífica.

En resumen, la arquitectura y la escritura nos indican que en el siglo V la ciudad de Oxkintok poseía un sistema de organización complejo y desarrollado, aunque posiblemente el poder no era personal y centralizado, pues faltan imágenes de gobernantes o inscripciones que los mencionen. A esa situación se había llegado por los estímulos procedentes del sur junto a la propia dinámica evolutiva de las sociedades del norte de Yucatán; habrá que esperar más de un siglo para observar el Estado plenamente constituido, y hasta el Clásico Tardío y Terminal (entre 700 y 900 aproximadamente) para completar la panoplia de elementos típicos de los Estados mayas, con estelas, urbanismo de gran extensión, estructura administrativa de ciudades jerarquizadas con dimensiones y elementos distintos, redes de calzadas, etcétera. Curiosamente, cuando tal fenómeno se vislumbra en Oxkintok, la decadencia de la ciudad no se hace esperar, la competencia con otros fuertes enclaves septentrionales, como Chichén Itzá y Uxmal, entre otras posibles razones de orden interno, acarrea el declive y enseguida el abandono de la enorme urbe.

BIBLIOGRAFÍA

- FERNÁNDEZ MARQUÍNEZ, Yolanda. 1992. *Excavaciones en el Grupo May, Oxkintok, Yucatán, México*. Tesis doctoral. Editorial de la Universidad Complutense. Madrid.
- LÓPEZ DE LA ROSA, Edmundo y Adriana VELÁZQUEZ MORLET. 1992. «El patrón de asentamiento de Oxkintok». En *Oxkintok 4*, pp. 201-249. Ministerio de Cultura. Madrid.
- RIVERA DORADO, Miguel. 1995. *Laberintos de la Antigüedad*. Alianza Editorial. Madrid.
- . 1996. *Los mayas de Oxkintok*. Ministerio de Educación y Cultura. Madrid.
- SCHELE, Linda y David FREIDEL. 1990. *A Forest of Kings. The Untold Story of the Ancient Maya*. William Morrow and Co. Nueva York.
- SHARER, Robert J. 1998. *La civilización maya*. Fondo de Cultura Económica. México.
- STUART, David. 1996. «Kings of stone. A consideration of stelae in ancient Maya ritual and representation». *RES*, 29-30: 147-171.
- WILLIAMS-BECK, Lorraine. 1998. *El dominio de los batabob: el área Puuc occidental campechana*. Universidad Autónoma de Campeche. Campeche.

